

Pelayo, ánima milagrosa de San Rafael de Onoto



«¡Ahí va Pelayo!, comentaba la gente al oír su cantar melodioso, sus silbidos o su conversación con su tropa y su jauría de más de diez perros.»

El pasado viernes 23 de marzo de 2012, Amable José Oropeza publicó un artículo en el diario *Última Hora* de Acarigua donde hacía referencia a un personaje casi desconocido del folclor sanrafaeleño, se trata del ánima milagrosa de Pelayo, un hombre nacido quién sabe cuándo y dónde, pero que se radicó en San Rafael de Onoto. En vista que esta obra tiene como objetivo general recoger las leyendas que la oralidad ha transmitido de generación en generación, consideré oportuno tomar esta reseña. A juzgar por la crónica oral, a este personaje, que algunos describen con sombrero de cogollo, alpargatas y franela de liencillo roída por el uso, le gustaba lidiar con marranos o cerdos. Era un incansable y solitario arreador de estos torpes animales, bien los llevara a algún lugar para la venta o hacia su posesión después de comprarlos. ¡Ahí va Pelayo!, comentaba la gente al oír su cantar melodioso, sus silbidos o su conversación con su tropa y su jauría de más de diez perros. Allí iba Pelayo, mandador en mano para arriar a los más mansos, esos que señalaban el camino.

Dicen algunos lugareños que Pelayo también era «faculto» y practicante de asuntos esotéricos y espirituales. Le gustaba fumar tabaco y aplicaba las hierbas como medicina para curar a los «malientos», aquellos que sufrían de los riñones o de las amígdalas, de cáncer, hemorroides, mal de ojo u otros «trastornos» del cuerpo. Ensalmaba a los niños y despojaba a los adultos. Cuentan también que cuando un hombre dejaba a la mujer, o viceversa, el abandonado le pedía que lo devolviera a través de sus conjuros y lo hiciera regresar mansito. Se dice que Pelayo fue hallado muerto en un lugar llamado El Fraile, que estaba entre El Limón y La Yaguara; estos sitios, conjuntamente con El Hato y otros espacios, conforman el sistema de riego Las Majaguas; es decir, que se encuentran bajo las aguas del embalse.

Según la creencia popular, Pelayo fue enterrado en el mismo sitio donde apareció muerto. La historia menciona que un ex presidiario recién salido de la cárcel de El Dorado construyó un nicho en el lugar como pago por el favor concedido. Este trabajo sirvió por mucho tiempo de referencia para identificar el área del lamentable hallazgo. Luego la comunidad aledaña lo convirtió en terreno respetado y sagrado, donde venían a pagar promesas hechas a esta ánima milagrosa. Allí sus devotos colocaban velas, velones, reliquias, botellas de aguardiente, cajetas de chimó, flores, caramelos y demás artículos prometidos. Cuenta la leyenda que al aproximarse la construcción de la represa, el ingeniero Francisco Manzilla, director del sistema de riego Las Majaguas, autorizó a los obreros del antiguo MOP, Víctor Olegario Rojas, Juan Molina, Tomás Madrid, entre otros, para exhumar el cuerpo y cualquier otra cosa que estuviera en el espacio venerado y hubiera sido de Pelayo. Todo fue llevado a la entrada del cementerio de San Rafael de Onoto, pero no hallaron el cuerpo y dicen que en su tumba solo yacen las pertenencias de Pelayo.

Lo que sí es comprobable y pudimos ver, es que ese sitio, ubicado a la izquierda de la capilla, sigue siendo un refugio para sus devotos, porque ni el paso de los años ha debilitado la fe y el culto que le rinden algunos habitantes de San Rafael de Onoto, quienes lo consideran personaje inolvidable del folclor portugueseño.